

que muy bien me hubiera hecho quemar vivo, y no le conmoviera mas mi muerte que si viese representada en una tragedia esta catástrofe sangrienta.

Por tanto, no quise despreciar el aviso que me dió el esclavo. Apresuré cuanto pude las prevenciones del embarco, y tomé, segun costumbre de los corsarios argelinos que van á corso, algunos turcos conmigo; pero solamente los que eran necesarios para no hacerme sospechoso, y salí del puerto con todos mis esclavos y mi hermana Beatriz. Ya se persuadirán ustedes de que no me olvidaria de llevar al mismo tiempo todo el dinero y alhajas que habia en mi casa, y podia importar hasta unos seis mil ducados. Luego que nos vimos en plena mar, lo primero que hicimos fué asegurarnos de los turcos, á quienes encadenamos fácilmente, por ser mucho mayor el número de mis esclavos. Tuvimos un viento tan favorable, que en poco tiempo arribamos á las costas de Italia. Entramos en el puerto de Liorna con la mayor felicidad; y toda la ciudad, á lo que creo, acudió á nuestro desembarco. Entre los que concurrieron á él estaba por casualidad ó por curiosidad el padre de mi esclavo Azarini. Miraba atentamente á todos mis cautivos conforme iban desembarcando, y aunque en cada uno de ellos deseaba ver las facciones de su hijo, ninguna esperanza tenia de encontrarlas. ¡Pero qué júbilo! ¡qué abrazos se dieron padre é hijo despues de haberse reconocido! Luego que Azarini le informó de quien era yo, y del motivo que me llevaba á Liorna, me obligó el buen viejo á que fuese á alojarme á su casa, juntamente con mi hermana Beatriz. Pasaré en silencio la menuda relacion de mil cosas que me fué preciso practicar para volver á reconciliarme con el gremio de la Iglesia, y solo diré que abjuré el mahometismo con mucha mayor fe que le habia abrazado. Purguéme enteramente del humor mahometano, vendí mi bajel, y dí libertad á todos los esclavos. Por lo que toca á los turcos, se les aseguró en las cárceles de Liorna para cangearlos á su tiempo por otros tantos cristianos. Los dos Azarinis, padre é hijo, usaron conmigo de todo género de atenciones. El hijo se casó con mi hermana Beatriz; partido que á la verdad no dejaba de ser ventajoso para él, porque al cabo era hija de un caballero, y heredera de la hacienda de Jérica, cuya administracion habia dejado mi madre á cargo de un rico labrador de Paterna cuando resolvió pasar á Sicilia.

Despues de haberme detenido en Liorna algun tiempo, marché á Florencia, deseoso de ver aquella ciudad. Llevé conmigo algunas cartas de recomendacion que el viejo Azarini me dió para algunos amigos suyos en la corte del gran duque, á quienes me recomendaba como un caballero español pariente suyo. Yo añadí el *don* á mi nombre de bautismo, á imitacion de no pocos paisanos míos plebeyos que, sin tenerle y por hon-

rarse, se le ponen á sí mismos en los paises estrangeros. Hacíame, pues, llamar con descaro *Don Rafael*, y como habia traído de Argel lo que bastaba para sostener dignamente esta nobleza, me presenté en la corte con brillantez. Los caballeros á quienes me habia recomendado Azarini publicaban en todas partes que yo era un sugeto de distincion; y como no lo desmentian los modales caballerescos que habia estudiado bien, era generalmente tenido por persona de importancia.

Supe introducirme muy presto con los primeros señores de la corte, los cuales me presentaron al gran duque, y tuve la fortuna de caerle en gracia. Dedicuéme á hacerle la corte y á estudiarle el genio. Oía para esto con atencion lo que decian de él los cortesanos mas viejos y experimentados. Observé entre otras cosas que le gustaban mucho los cuentos graciosos traídos con oportunidad, y los dichos agudos. Esto me sirvió de regla, y todas las mañanas escribia en mi libro de memoria los cuentos que queria contarle durante el dia. Sabia tan grande número de ellos, que parecia tener un saco lleno, y aunque procuré gastarlos con economía, poco á poco se fué apurando el caudal, de suerte que me hubiera visto precisado á repetirlos, ó á hacer ver que habia concluido mis apotegmas, si mi talento, fecundo en invenciones, no me hubiese socorrido con abundancia; de manera que yo mismo compuse cuentos galantes ó cómicos, que divirtieron mucho al gran duque. Y, lo que sucede muchas veces á los ingeniosos y agudos de profesion, por la mañana apuntaba en mi libro de memoria las agudezas que habia de decir por la tarde, vendiéndolas como ocurridas de repente.

Metíme tambien á poeta, y consagré mi musa á las alabanzas del príncipe. Confieso de buena fe que mis versos no valian mucho, y por eso nadie los criticó; pero aun cuando hubieran sido mejores, dudo que el duque los hubiera celebrado mas: el hecho es que le agradaban infinito, lo que quizá dependeria de los asuntos que yo elegia. Fuese por lo que quisiese, aquel príncipe estaba tan pagado de mí, que llegué á causar celos á los cortesanos. Estos quisieron averiguar quién era yo; pero no lo consiguieron, y solo llegaron á descubrir que habia sido renegado. No dejaron de ponerlo en noticia del príncipe, con esperanza de desbancarme; pero lejos de salir con la suya, este chisme sirvió únicamente para que el gran duque me obligase un dia á que le hiciese una fiel relacion de mi cautiverio en Argel. Obedecíle, y mis aventuras le divirtieron infinito.

Luego que la acabé, me dijo:—Don Rafael, yo te estimo mucho, y quiero darte de ello una prueba tal que no te deje género de duda. Voy á hacerte depositario de mis secretos, y para ponerte desde luego en posesion de confidente mio, te digo que amo con pasion á la muger de uno

de mis ministros. Es la señora mas linda de mi corte; pero al mismo tiempo la mas virtuosa. Ocupada enteramente en el gobierno de su casa, y del todo entregada al amor de un marido que la idolatra, parece que ella sola ignora lo celebrada que es en Florencia su hermosura. Por aquí conocerás la dificultad de conquistar su corazón. En medio de eso esta deidad, inaccesible á los amantes, alguna vez me ha oido suspirar por ella: he hallado medios de hablarle á solas; conoce mis sentimientos interiores; mas no por eso me lisonjeo de haberle inspirado amor, no habiéndome dado ningun motivo para formarme una idea tan lisonjera. Sin embargo, no desconfío de que llegue á serle grata mi constancia y la misteriosa conducta que observo. La pasión que abrigo en mi pecho á esta dama, ella sola la conoce. En vez de dejarme llevar de mi inclinación sin reparo alguno, abusando del poder y autoridad de soberano, mi mayor cuidado es ocultar á todo el mundo el conocimiento de mi amor. Paréceme deber esta atención á Mascarini, que es el esposo de la que amo. El desinterés y celo con que me sirve, sus servicios y su probidad, me obligan á proceder con el mayor secreto y circunspección. No quiero clavar un puñal en el pecho de este marido infeliz, declarándome amante de su muger. Quisiera que ignorase siempre, si posible fuera, el fuego que me abrasa; porque estoy persuadido de que moriría de pena si llegase á saber lo que ahora te confío. Por eso le oculto los pasos que doy, y he pensado valerme de tí para que manifiestes á Lucrecia lo mucho que me hace padecer la violencia á que me condeno yo mismo: tú serás el que le declares mis amorosos afectos, no dudando que desempeñarás muy bien este delicado encargo. Traba conocimiento con Mascarini, procura grangear su amistad, introdúctete en su casa, y logra la libertad de hablar á su muger. Esto es lo que espero de tí, y lo que estoy seguro harás con toda la destreza y discreción que pide un encargo tan delicado.

Habiendo prometido al gran duque hacer todo lo posible para corresponder á su confianza, y contribuir á la satisfacción de sus deseos, cumplí presto mi palabra. Nada omití para adquirir la amistad de Mascarini, lo que me costó poco trabajo. Sumamente pagado de que solicitase su amistad un cortesano bien quisto del príncipe, me ahorró la mitad del camino. Franqueóme su casa, tuve libre la entrada en el cuarto de su muger, y me atreveré á decir que en vista de mi cauto proceder no tuvo la menor sospecha de la negociación de que estaba encargado. Es verdad que como era poco celoso, aunque italiano, se fiaba en la virtud de su esposa, y encerrándose en su despacho, me dejaba muchos ratos solo con Lucrecia. Dejando desde luego á un lado los rodeos, le hablé del amor del gran duque, y le declaré que yo iba á su casa precisamente

á tratar de este asunto. Parecióme que no le tenia grande inclinación; pero al mismo tiempo conocí que la vanidad le hacia oír con gusto su pretensión, y se complacia en oírla, sin querer corresponder á ella. Era verdaderamente muger juiciosa y muy prudente; pero al fin era muger, y advertí que su virtud iba insensiblemente rindiéndose á la lisonjera idea de tener aprisionado á su soberano. En conclusión, el príncipe podía con fundamento esperar que sin renovar la violencia de Tarquino vería á esta Lucrecia esclava de su amor. Sin embargo un lance impensado desvaneció sus esperanzas, como ahora oirán ustedes.

Soy naturalmente atrevido con las mugeres, costumbre que contraje entre los turcos. Lucrecia era hermosa; y olvidándome de que con ella solamente debia hacer el papel de negociador, le hablé por mí en lugar de hablarle por el gran duque. Ofrecíle mis obsequios lo mas cortesmente que pude, y en vez de ofenderse de mi osadía, y de responderme con enfado, me dijo sonriéndose:—Confesad, Don Rafael, que el gran duque ha tenido grande acierto en elegir un agente muy fiel y muy celoso, pues le servis con una lealtad que no hay palabras para encarecerla.—Señora, le respondí en el mismo tono, las cosas no se han de examinar con tanto escrúpulo. Suplicoos que dejemos á un lado las reflexiones, que conozco no me favorecen mucho; yo solamente sigo lo que me dicta el corazón. Sobre todo no creo ser el primer confidente de un príncipe que en punto á galanteo ha sido traidor á su amo. Es cosa muy frecuente en los grandes señores hallar en sus Mercurios unos rivales peligrosos.—Bien puede ser así, replicó Lucrecia; pero yo soy altiva, y solo un príncipe seria capaz de mover mi inclinación. Arreglaos por este principio, prosiguió ella volviendo á revestirse de su natural seriedad, y mudémos de conversacion. Quiero olvidar lo que me acabais de decir, con la condición de que jamas os suceda volver á tocar semejante asunto, pues de lo contrario podréis arrepentiros.

Aunque este era un *aviso al lector*, de que yo debiera haberme aprovechado, proseguí no obstante en hablar de mi pasión á la muger de Mascarini, y aun la importuné con mas eficacia que antes á que correspondiese á mi cariño, llevando á tal extremo mi temeridad, que quise tomarme algunas libertades. Ofendida entonces la dama de mis expresiones y de mis modales musulmanes, se llenó de cólera contra mí, amenazándome de que no tardaria el gran duque en saber mi insolencia, y que le suplicaria me castigase como merecia. Díme yo tambien por ofendido de sus amenazas, y convirtiéndose en odio mi amor, determiné tomar venganza del desprecio con que me habia tratado. Fuíme á ver con su marido, y despues de haberle hecho jurar que no me descubriría, le in-

formé de la inteligencia que reinaba entre su muger y el príncipe, pintándola muy enamorada, para dar mas interes á la relacion. Lo primero que hizo el ministro, para precaver todo accidente, fué encerrar sin mas ceremonia, en un cuarto reservado á su esposa, encargando á personas de toda confianza la custodiasen estrechamente. Mientras ella estaba cercada de vigilantes argos que la observaban y no dejaban camino alguno por donde pudiesen llegar al gran duque noticias suyas, yo me presenté á este príncipe con rostro triste, y le dije que no debia pensar mas en Lucrecia, porque Mascarini sin duda habia descubierto todo nuestro enredo, puesto que habia comenzado á guardar á su muger; que yo no sabia por donde pudiese haber entrado en sospechas de mí, pues siempre habia yo usado del mayor disimulo y maña: que quizá la misma Lucrecia habria informado de todo á su esposo, y de acuerdo con él se habria dejado encerrar para librarse de solicitudes que ponian en sobresalto su virtud. Mostróse el príncipe muy afligido de oirme: entonces me compadeció mucho su sentimiento, y mas de una vez me pesó de lo que habia dicho; pero ya no tenia remedio. Por otra parte confieso que experimentaba un maligno placer cuando consideraba el estado á que habia reducido á una muger orgullosa que habia despreciado mis suspiros.

Yo gozaba impunemente del placer de la venganza, cuando un dia, estando en presencia del gran duque, con cinco ó seis señores de su corte, nos preguntó á todos:—¿Qué castigo os parece mereceria un hombre que hubiese abusado de la confianza de su príncipe é intentado robarle su dama?—Merecia, respondió uno de los cortesanos, ser descuartizado vivo: otro opinó que debia ser apaleado hasta que espirase: el menos cruel de estos italianos, y el que se mostró mas favorable al delincuente, dijo que él se contentaria con hacerle arrojar de lo alto de una torre.—Y Don Rafael, replicó entonces el gran duque, ¿de qué parecer es? porque estoy persuadido de que los españoles no son menos severos que los italianos en semejantes ocasiones.

Conocí bien, como se puede discurrir, que Mascarini habia violado su juramento, ó que su muger habia hallado medio de informar al gran duque de cuanto habia pasado entre los dos. En mi rostro se echaba de ver la turbacion que me agitaba; pero á pesar de ello respondí con entereza al gran duque:—Señor, los españoles son mas generosos; en igual lance perdonarian al confidente, y con este rasgo de bondad producirian en su alma un eterno arrepentimiento de haberles sido traidor.—Pues bien, me dijo el duque, yo me contemplo capaz de esa generosidad, y perdono al traidor, reconociendo que solo debo culparme á mí mismo por haberme fiado de un hombre á quien no conocia, y de quien tenia motivos de desconfiar en razon de lo que me habian contado de él. Don Ra-



fael, añadió, la venganza que tomo de vos es que salgais inmediatamente de todos mis estados, y no volvais á ponerlos en mi presencia. Retiréme en el mismo punto, menos afligido de mi desgracia, que gozoso de haber escapado de este apuro á tan poca costa. Al dia siguiente me embarqué en un buque catalan que salió del puerto de Liorna para Barcelona.

Cuando llegó Don Rafael á este punto de su historia no me pude contener en decirle:—Para un hombre tan advertido como sois, me parece fué grande error no haber salido de Florencia así que descubristeis á Mascarini el amor del príncipe hácia Lucrecia. Debiais tener por cierto que tardaria poco el gran duque en saber vuestra traicion.—Convengo en ello, respondió el hijo de Lucinda, y por lo mismo habia pensado huir cuanto antes, á pesar del juramento que me hizo el ministro de no esponerme al resentimiento del príncipe. Llegué á Barcelona, continuó, con lo que me habia quedado de las riquezas que traje de Argel, cuya mayor parte habia disipado en Florencia por ostentar que era un caballero español. No me detuve largo tiempo en Cataluña. Reventaba por volverme cuanto antes á Madrid, encantado lugar de mi nacimiento, y satisfacé mis ansiosos deseos lo mas presto que me fué posible. Luego que llegué á la corte me apeé por casualidad en una de las posadas de caballeros, en donde vivia una dama llamada Camila, que aunque habia salido ya de la menor edad, era una muger muy salada; testigo el señor Gil Blas, que por aquel mismo tiempo poco mas ó menos la vió en Valladolid. Aun era mas discreta que hermosa, y ninguna aventurera tuvo mayor talento para traer la pesca á sus redes; pero no se parecia á aquellas ninfas que se aprovechan del agradecimiento de sus galanes. Si acababa de despojar á algun mayordomo de un gran señor, inmediatamente repartia los despojos con el primer caballero mendicante que fuese de su gusto.

Apénas nos vimos los dos cuando nos amamos, y la conformidad de nuestras inclinaciones nos unió tan estrechamente, que presto pasó á hacer comunes nuestros bienes. A la verdad no eran estos muy considerables, y así los comimos en poco tiempo. Por nuestra desgracia solo pensábamos uno y otro en agradarnos, sin valernos de las disposiciones que ambos teniamos para vivir á costa ajena. La miseria en fin, despertó nuestros ingenios que el placer tenia aletargados.—Querido Rafael, me dijo un dia Camila, pongamos treguas á nuestro amor; dejemos de guardarnos una fidelidad que nos arruina. Tú puedes emboar á alguna viuda rica, y yo pescar á algun viejo poderoso. Si proseguimos siéndonos fieles uno á otro, ve ahí dos fortunas perdidas.—Hermosa Camila, respondí yo prontamente, me ganas por la mano, pues iba á hacerte la misma propuesta: vengo en ello, reina mia. Sí por cierto, para la me-

por conservacion de nuestro amor es menester intentar conquistas útiles. Nuestras infidelidades serán triunfos para entrambos.

Ajustado este tratado salimos á campaña. Al principio por mas diligencias que hicimos no pudimos encontrar lo que buscábamos. A Camila solamente se le presentaban pisaverdes, es decir, amantes que no tienen un cuarto; y á mí solo se me ofrecian aquellas mugeres que mas quieren imponer contribuciones que pagarlas. Como el amor se negaba á socorrer nuestras necesidades, apelamos á enredos y bellaquerías. Hicimos tantos y tantas, que el corregidor llegó á saberlas, y este juez en extremo severo, dió orden á un alguacil para que nos prendiese; pero éste, que era tan bueno como taimado el corregidor, nos hizo espaldas para que saliésemos de Madrid, mediante una propineja que le dimos. Tomamos el camino de Valladolid, é hicimos pié en aquella ciudad. Alquilé una casa donde me alojé con Camila, que por evitar el escándalo pasaba por hermana mia. Al principio nos contuvimos en ejercer nuestra habilidad, y comenzamos á tantear y conocer bien el terreno antes de acometer ninguna empresa.

Un día se llegó á mí en la calle un hombre, y saludándome muy cortesmente me dijo:—¿Señor Don Rafael, no me conoce vd.?—Respondíle que no.—Pues yo, me replicó, conozco á vd. mucho por haberle visto en la corte de Toscana, donde servia yo en las guardias del gran duque. Pocos meses ha que dejé el servicio de aquel príncipe, y me vine á España con un Italiano de los más astutos. Estamos en Valladolid tres semanas ha, vivimos en compañía de un Castellano y de un Gallego, mozos los dos seguramente muy honrados, y nos mantenemos todos con el trabajo de nuestras manos. Lo pasamos opíparamente y nos divertimos como unos príncipes. Si vd. quiere agregarse á nosotros será muy bien recibido de mis compañeros, porque siempre le he tenido á vd. por un hombre muy de bien, naturalmente poco escrupuloso, y caballero profeso en nuestra orden.

La franqueza con que me habló aquel bribon me estimuló á responderle del mismo modo.—Ya que te has franqueado conmigo con tanta sinceridad, le respondí, quiero hablarte con la misma. Es verdad que no soy novicio en vuestra profesion, y si la modestia me permitiera referirte mis proezas, verias que no me has hecho demasiada merced en tu ventajoso concepto; pero, dejando á un lado alabanzas propias, me contentaré con decirte, admitiendo la plaza que me ofreces en vuestra compañía, que no perdonaré diligencia alguna para haceros conocer que no la desmerezco. Apenas dije á aquel ambidestro que consentia en aumentar el número de sus camaradas, cuando me condujo á donde estos estaban, y desde el mismo punto me dió á conocer á todos. Allí fué donde

ví por primera vez al ilustre Ambrosio de Lamela. Ecsamináronme aquellos señores sobre el arte de apropiarse sutilmente lo ageno. Quisieron saber si tenia principios de la facultad, y descubrioles tantas tretas nuevas para ellos, que se quedaron admirados; pero mucho mas se pasaron cuando, despreciando yo la sutileza de mis manos, como una cosa muy ordinaria, les aseguré que en lo que yo me aventajaba era en golpes magistrales de hurtar que pedian ingenio; y para persuadirles que era verdad, les conté la aventura de Gerónimo de Miajadas, y bastó la sencilla relacion de aquel suceso para que me reconociesen por de un talento superior, y todos á una me nombrasen por gefe suyo. Tardé poco en acreditar el acierto de su eleccion en una multitud de bribonerías que hicimos, de todas las cuales fuí yo, por decirlo así, la llave maestra. Cuando necesitábamos alguna actriz para forjar mejor algun enredo, echábamos mano de Camila, que representaba con primor cuantos papeles se le encargaban.

Dióle por aquel tiempo á nuestro cofrade Ambrosio la tentacion de ir á su pais, y con efecto marchó á Galicia, asegurándonos de su vuelta. Despues que satisfizo sus deseos, volvió por Burgos, sin duda para dar algun golpe de maestro, en donde un mesonero conocido suyo le acomodó con el Señor Gil Blas de Santillana, de cuyos asuntos le informó muy bien.—Vd., Señor Gil Blas, prosiguió dirigiéndome la palabra, se acordará sin duda del modo con que le desbalijamos en la posada de caballeros de Valladolid. Tengo por cierto que desde luego sospechó vd. que su criado Ambrosio habia sido el principal instrumento de aquel robo, y en verdad que le sobró razon para sospecharlo. Luego que llegó á Valladolid vino en busca nuestra, enterónos de todo, y la gavilla se encargó de lo demas; pero no sabrá vd. las resultas de aquel pasage, y quiero informarle de ellas. Ambrosio y yo cargamos con la balija, y montados en vuestras mulas tomamos el camino de Madrid, sin contar con Camila ni con los demas camaradas, los cuales se admirarian tanto como vos de ver que no pareciamos al dia siguiente.

A la segunda jornada mudamos de pensamiento: en vez de ir á Madrid, de donde no habia salido sin motivo, pasamos por Cebreros, y continuamos nuestro camino hasta Toledo. Lo primero que hicimos en aquella ciudad fué vestirnos muy decentemente; y luego vendiéndonos por dos hermanos gallegos que viajaban por curiosidad, en poco tiempo hicimos conocimiento con mucha gente de distincion. Estaba yo tan acostumbrado á los modales cortesanos y caballerescos, que fácilmente se engañaron cuantos me vieron y trataron. A esto se añadía que, como en un pais desconocido la calidad de los forasteros regularmente se mide por el gasto que hacen, y por el lucimiento con que se portan, ofuscá-